

El número 70, antes 68, de la calle de Ferraz tiene el aire triste y desolado de los edificios condenados a una muerte inminente y prematura, abandonados por sus moradoras. Es una casa de cuatro plantas, con dos tiendas en la inferior y seis balcones en cada una de las restantes. Construida a finales del siglo pasado o comienzos del actual, conserva el aire y la traza de las viviendas mesocráticas de la época. El portal, estrecho, tiene suelo de mármol, y las ventanas de la escalera —que forzosamente hay que utilizar al carecer de ascensor—, vidrieras artísticas. Aunque modesta siempre, debió ser confortable hace sesenta y tantos años, cuando Iglesias, ya sexagenario, trasladó aquí su residencia, donde murió el 9 de diciembre de 1925. En el edificio no quedan ya más que dos familias que recogen apresuradas sus bártulos, y una frutería a punto de cerrar tan definitivamente como hubo de hacerlo la carpintería contigua.

No parece que el edificio haya experimentado grandes variaciones en los últimos cincuenta años, pero sí ha cambiado bastante la vivienda del Abuelo, en que un inquilino posterior derribó tabiques, alterando la forma y tamaño de las habitaciones. Por fortuna, hay una breve descripción del piso y de los últimos días del patriarca fallecido en este lugar. Está en un libro de Julián Zugazagoitia —el antiguo director de "El Socialista", fusilado en Madrid en octubre de 1940—, publicado en Madrid en 1926, reimpresso en Méjico treinta años después por Julián Lara, actual vicepresidente del sector histórico del Partido Socialista Español. En ese libro, Zugazagoitia relata dos visitas a Iglesias, en su cama de enfermo, con un año de diferencia. De la primera dice, entre otras cosas:

"El cuarto de trabajo tiene un aire especial. Hay muchos periódicos, muchas fotografías que los amigos han ido colgando por las paredes. La mesa donde Iglesias escribe está ganada por las últimas publicaciones que el cariño de los autores hace llegar a ella. Los periódicos andan por las sillas, al alcance de la mano. La luz es abundante. Es en este cuarto donde Iglesias, sentado en una butaca, recibe a sus amigos. Algunas visitas excepcionales, cariños fuertes, son recibidos en el lecho. Iglesias está tocado con una boina grande, de mucho vuelo, y calienta la espalda con una esclavina de paño grueso. Generalmente —salvo los malos días— se le sorprende trabajando, el periódico en la mano, la pluma

Diciembre de 1925

LOS ULTIMOS DIAS DE PABLO IGLESIAS

frente a una cuartilla. Todavía despacha la correspondencia de su puño y mantiene una regular conversación epistolar con los amigos distantes. Todo está hecho a pequeños empujones, aprovechando los breves respiros que le deja la enfermedad. El recibimiento de las visitas es siempre el mismo. Si os conoce de antiguo, si le lleváis una añoranza fuerte, tratará de incorporarse para abrazaros. No podrá. Renunciará con un imperceptible gesto de contrariedad a hacerlo. Como

compensación os tenderá las manos y palmeará suave, dulcemente la vuestra. Si sois algo más que un amigo, si sois muchos amigos en uno solo, un joven amigo que recuerde amistades viejas, afectos desaparecidos, entonces no se limitará a eso. Os echará los brazos, os hará inclinar la cabeza y os besará reiteradamente, en tanto que vosotros —¿cómo evitarlo?— tratáis de reducir a discreto segundo plano unas lágrimas impetuosas. Son vuestro homenaje".

Vuelve a visitarle un año más tarde, la víspera misma de su muerte, y Zugazagoitia escribe impresionado y dolorido: "Queda interrumpido el trabajo de Iglesias, a medio terminar una carta. ¿Para quién?". No tarda en decirnoslo. "Cada letra —nos explicará con dolor— es un triunfo de la voluntad. Un párrafo ahora, otro luego. Tengo que evitar los mareos. Me canso la mano, y la pluma no corre. Se detiene perezosa. Aquí —y nos muestra unas cuartillas que saca del cajón de la mesa— tengo un artículo para 'El Liberal'; lo comencé hace días, pero no puedo, no puedo. Quisiera escribirlo todo, y las ideas se escapan por torpeza de la pluma y cansancio de la mano".

Tras escuchar las palabras del Abuelo, Zugazagoitia comenta: "Iglesias habla como escribe: a empujoncitos. Frente a él, rodeado de su fatiga y de su voz apagada, hay que arrancarse a tirones rabiosos la idea de la muerte. Pero se va. Es otro golpe de tos o un silencio más angustioso el que la recuerda. ¡Noble viejo! En un golpecito de éstos, en un tropiezo de su pluma sobre un periódico, en uno de estos grandes triunfos de la voluntad, se romperá su resorte vital y su cabeza —noble, paradigmática— se ladeará definitivamente... ¿Cuándo? Hoy, mañana, ahora acaso... Evitamos una conversación larga. Iglesias agradece la brevedad, nos da la mano al tiempo que levanta la cabeza y renueva el beso. Ahora de despedida. Le he llevado las cuartillas de un libro y el lápiz de un dibujante, que ha terminado un apunte de su cabeza. Con esta última impresión me restituyo a mi casa a poner las últimas palabras a su vida heroica". Unas horas más tarde, el autor del libro añade, como epílogo, cinco breves líneas: "La vida de nuestro maestro ha tropezado con un leve obstáculo y se ha ladeado. La muerte le ha sostenido en la caída. Iglesias es suyo. Un silencio, amigos, un buen silencio... En alabanza de Pablo Iglesias. Amén".

Las páginas que Julián Zugazagoitia escribiera impresionado hace ya cincuenta y dos años, emocionan doblemente ahora leídas aquí, en esta casa de la calle de Ferraz, que muy pronto no será más que un recuerdo. ■ E. DE G.



El portal de la casa de la calle de Ferraz, donde vivió sus últimos años Pablo Iglesias, con un retrato del Abuelo.